

Fobia en la calle Paraguay

Leonardo Farias



Capítulo 1

Fobia en la calle Paraguay

Hacía tres años ya que no salía de su departamento. Vivía en un primer piso en la calle Paraguay. Pablo había comenzado a temer por su vida cada vez que cruzaba la puerta del edificio. Había comenzado a sentir que estaba desprotegido ante una ciudad de autos apresurados y rabiosos, de colectivos que casi siempre mordían el cordón de las veredas de su barrio, del peligro de un asalto, porque los asaltos estaban a la orden del día según la televisión. Y las veredas rotas ¿Si tropezaba? ¿Si caía al suelo y golpeaba su cabeza y quedaba muerto ahí nomás? Tan joven. No, no señor. Así no se podía vivir. No se podía vivir sufriendo. No se podía vivir con terror, con palpitaciones y su- dando frío. Buenos Aires era una jungla imposible de sortear. Así era. Así, simple para él. Y un día ya no salió.

Dejó la facultad. Estudiaba medicina en la Universidad de Buenos Aires. Le iba muy bien. Dejó su trabajo en el Banco Galicia. Dejó de ver a sus amigos que lo visitaban al principio y lo intentaban ayudar para salir de aquel encierro, pero poco a poco fueron dejando de ir. Lo llamaron al celular durante semanas, amigos, compañeros del trabajo y de la facultad, pero él no atendía. Un día tomó el martillo y le pegó al aparato hasta romperlo en muchos pedazos.

Su única familia eran sus tíos, que viven en Pergamino. Pablo vivía de la renta de unos campos al sur de Arrecife que sus padres le habían dejado antes de morir en un accidente de tránsito. No era mucho, pero se las arreglaba. Su departamento era amplio y cómodo. Su habitación daba al balcón. Su living también. Le gustaba pasar las mañanas ahí, leyendo o mirando Netflix en su cómodo sillón, desayunaba sobre su mesita ratona de roble con tapa de mármol. El sol pegaba de lleno por la mañana, eso le gustaba.

José, el portero, le hacía las compras una vez a la semana. Al principio le cobraba unos pesos por el favor pero después ya no. "No puedo ser tan sorete, cobrarle a él, con esa fobia que lo atormenta, pobre Pablo" pensaba José. Y no le cobró más. Al portero no le gustaba usar el overol, siempre estaba con sus camisas sobrias y sus jeans celestes. José era viudo y no tenía hijos. Vivía en la planta baja. Peinaba canas y usaba anteojos, pero los 60 más o menos los llevaba bien. Pero, contrariamente a lo que pensaba José, Pablo era feliz así. Sin salir. En casa. Sin miedos. Sin terror a morir en la selva de la calle del maldito centro de Buenos Aires.

¿Qué más podía pedir? ¡Por favor, eso sí era vida!

Por las tardes jugaba playstation y en la habitación del contrafrente solía pintar y dibujar. Había silencio en ese lugar. Lo reconfortaba. Cerraba las ventanas para que el ruido de la calle no moleste, porque por la tardes a él le gustaba el silencio. Cuando caía el sol, cuando el tráfico menguaba, le gustaba salir al balcón. Se preparaba el mate y en su reposera contemplaba el paisaje, ya más tranquilo.

Pensaba. Pensaba mucho. El tiempo le sobraba para eso. A veces estaba enojado y otras, con una sonrisa. Su pensamiento le abría muchas puertas, pero en general siempre lo llevaban al mismo lugar: ¿Qué hubiese sido si no le hubiese tocado ser así? ¿si hubiese sabido tolerar esa jungla, como las demás personas? ¡Bah, qué importaba, si él estaba bien! ¿Qué importaba, eh? Al final, seguro que era más feliz que toda esa gente que pasaba por su cuadra. Seguro, porque él estaba protegido de cualquier accidente vial o de un robo.

Cuando se cansaba de pensar ponía la televisión y se cocinaba el menú del día. Porque cada día tenía su menú. Los lunes, milanesa con puré; los martes fideos a la parissiene; y así seguían los días la semana, cada uno con su menú fijo. Le gustaba la gastronomía. Se concentraba y la pasaba bien.

Todo iba bien, muy bien, hasta que un martes sucedió algo inusual. Se despertó temprano, a las 7.30. No pudo seguir durmiendo. Enojado, se levantó igual que siempre y desayunó en su sillón. Se disponía a leer El Aleph y la vio en la parada del colectivo. Salió al balcón y se apoyó en la baranda, la contempló. El cabello lacio y castaño, el rostro levemente maquillado, esbelta, con una mirada dulce. Se acomodaba el pelo con una femineidad que lo dejó boquiabierto. Pero lo que más lo deslumbró fue su sonrisa al hablar por el celular. Ese momento duró apenas unos segundos, duró hasta que subió al colectivo, pero fue suficiente para que ese día sus pensamientos estén puestos en ella, casi con exclusividad. Luego de ver cómo se alejaba, miró la hora. Eran las

7.55. Y entonces pensó si al día siguiente ella volvería a esa parada, si tomaba ese transporte cotidianamente. El entusiasmo lo embargó de repente como hacía años no le sucedía. Rápidamente imaginó todos los amaneceres así, observando a esa criatura tan bella. Pero ¿y si sólo fue una circunstancia particular y sólo por ese único día cruzaron sus caminos? ¿Y si fue la única bendita vez que la haya vis- to y nunca más?

Se desplomó en la reposera. Qué tristeza profunda sintió. Ese día experimentó alternadamente las dos sensaciones, pero no olvidó poner el despertador a las 7.30 para el día siguiente.

Se despertó ansioso. No hizo falta esperar que suene el despertador porque a las 6.45 ya estaba despierto. Esperó en su cama hasta las 7:30 para incorporarse. Pensó que le- vantarse a la misma hora de ayer le podría traer suerte. Se apresuró a preparar el desayuno y se sentó a esperar in- quieto en el lugar de siempre. Esos minutos fueron terribles, se le humedecieron las manos, se le cerró el estómago, tenía seca la boca. Tomó un poco de té y se quemó la lengua y "la puta madre carajo, tiene que aparecer. Y ahí la tuviste campeón. Ya es tuya. La tenés en platea preferencial". Y sonrió y la alegría lo embargó y se enamoró. Tan sencillo como eso. Ese miércoles fue éxtasis, agitación, euforia.

Pasaron los días. Ya nada fue igual. Ahora, enamorado, comenzó a escuchar música y a canturrear mientras cocinaba o cuando pintaba por las tardes. Guardó la play prolijamente en la cómoda de su habitación –a las mujeres no les gustan los tipos que juegan con una play–. Se miró al espejo y se sonrió, se vio sobrio y seductor en ese momento.

Todo siguió igual, siempre la misma la rutina, pero con ella allí, cada mañana, en la parada del 109, al lado del bar Aromas.

Cierto día por la tarde, mientras tomaba mate en el balcón, pensó en verla más cerca, en una especie de cita, en verle las perfectas imperfecciones de su piel, bien de cerca, como una manera de intimar. Sí, era la única forma de estar cerca, como dos amantes.

Se incorporó rápidamente y llamó a José. Le pidió fuera a comprar unos binoculares, no muy caros, algo intermedio –tampoco estaba tan lejos para comprar gran cosa–. José, extrañado, le dijo que más tarde pasaba por la casa de pesca de Santa Fe y volvería. "Está cada vez más loco, éste,

¿para qué querrá largavistas?", pensó José.

Cuando tuvo sus binoculares se detuvo a enfocar cada lunar, cada manchita, los vellos finitos de los brazos, entre otros detalles. En sus tardes la dibujó de diversas maneras. Mientras lo hacía, imaginaba que tomaba un café con ella y que charlaban de sus vidas. Pero Pablo, ¿qué le iba a decir, qué tenía para contarle? nada que no sirva sino para espantarla y para que salga corriendo y que no tome más el colectivo en esa parada y que nunca más se vean, porque él no iba a salir a la calle, ni loco, ni enamorado. "La mierda, estoy jodido" pensó.

Pero un día, justo el día que menos lo esperaba, ella lo miró. Lo miró profundo. El agachó la cabeza, pero rápido la levantó. Y entonces, como desafiando a ver quién bajaba primero la mirada, la mantuvieron unos breves segundos. Ella sonrió y miró al suelo. Pablo se había enamorado definitivamente y tomó la decisión, por primera vez después de muchos años, de salir, de estar ahí a su lado, para darle una rosa y decirle que se

había enamorado y que quería tomar un café con ella y que entonces todo cambiaría, porque él sabía en lo más profundo de su ser, que sólo el amor de esa mujer lo podría lograr. Es como que las entrañas le hablaban, le susurraban cerca, al oído. Y entonces esperó al día siguiente.

Esa noche no durmió. Intentó y se esforzó, pero no pegó un ojo. José ya le había dejado la media docena de rosas que le había pedido la noche anterior. Las había puesto en un florero con agua, no vaya a ser que se mar- chitaran durante la noche.

No desayunó. Tenía el estómago cerrado. Esperó que sea la hora de siempre y abrió la puerta de su departamento. Las manos le traspiraban. Las piernas le temblaban. Es- taba por dar un paso hacia el pasillo. Sentía que el corazón latía en su garganta, pero a la vez sabía que si retrocedía, por más que quisiera dejarlo para hacer el intento en otra oportunidad, habría traicionado al amor. Y eso no. No podía darse ese lujo. Y entonces dio el paso, y luego otro, y otro más y así bajó las escaleras. Al terminar de bajar el último escalón la vio y dio unos pasos presurosos hasta el vidrio de la puerta de calle.

Ella lo vio y lo saludó desde enfrente con la mano y le sonrió. El también y le mostró las rosas. Y con el índice le indicó que eran para ella, pero justo paró el 109. Ese maldito colectivo se interpuso entre los dos. No llegó a tiempo. Así que esperó que se fuera para ir a saludarla, y ella estaba ahí, lo estaba esperando, no había tomado el colectivo.

Con las llaves en la mano derecha y las flores en la izquierda abrió la puerta y se quedó paralizado. No podía salir. Ella lo miró extrañada. Pablo tomó fuerzas. Respiró profundo el aire viciado de las calles de Buenos Aires. Tomó un impulso que nunca iría a olvidar. Dio el primer paso y corrió hacia ella.

Venía un taxi más rápido de lo habitual. Pablo en el me- dio de la calle. El impacto con su cuerpo se escuchó desde lejos. Ella gritó. La gente corrió a socorrerlo. Ella marcó temblando el 107. En 10 minutos el SAME. Cuello ortopédico. Camilla. Oxígeno. Sangre en el piso, sobre él, en la ambulancia. Ella no dudó, subió con Pablo. Le dio la mano fuerte. El estaba inconsciente pero abrió los ojos. Sí. Sintió el calor de unas manos suaves. "Valió la pena", pensó. "Soy Elena", dijo ella. "Soy Pablo", dijo él y el enfermero lo hizo callar. La ambulancia iba con la sirena puesta y a tanta velocidad que todo se movía de un lado a otro. Pablo le preguntó: "Elena, ¿cuando salga del hospital tomarías un café conmigo?". Ella lo miró con suavidad, le corrió el cabello de la frente y le dijo: "Claro, a mí me gusta con canela". Y entonces Pablo supo que la había conquistado. El enfermero lo miró: "Vas a estar bien pibe", le dijo, y le guiñó el ojo. Y entonces Pablo sintió como una revelación, que ya nada los iba a separar, que irían a todos los parques y andarían por todas las calles y que

tomarían muchos cafés en el bar de enfrente del departamento. Ese que está al lado de la parada del 109.